

BIRAGO DIOP Nouveaux contes d'Amadou Koumba LOS DOS YERNOS

(Traducción: Claudine LECRIVAIN)

Universidad de Cádiz

Para el doble matrimonio el mediador fue Leuk-la-Liebre, pues la vieja Khoudia, viuda desde hacía ya mucho tiempo, jamás había querido separarse de ninguna de sus hijas, y pretendía encontrarles marido a la par y el mismo viernes.

Gayndé-el-León se encontraba aún vigoroso, pero viudo y abandonado por hijas e hijos que se habían marchado a otro país para conseguir un patrimonio personal; y salvo en los días de la vejez, Gayndé-el-León jamás pudo vivir solo y sobre todo sin compañía. Así es como Gayndé-el-León andaba buscando una esposa que llenara su soledad y le rascara la cabeza durante las calurosas horas de la siesta.

Bouki-la-Hiena deseaba también encontrar una nueva esposa, ya que, desde no se sabía cuantas lunas, había abandonado a toda su familia por encontrarla demasiado difícil de alimentar, porque Poulo-el Pastor, lanza en mano, vigilaba con demasiado cuidado a su rebaño, y porque Malalle-Laobé, cavador de morteros y fabricante de calabazas, llevaba siempre un palo gordo sobre el hombro cuando conducía a sus asnos.

Todos los demás, en la comarca, algunos mejor que otros, vivían en familia, con excepción de Gayndé y Bouki.

Eso, Leuk-la-Liebre que lo sabía todo, no lo ignoraba.

También sabía que las hijas de la vieja Khoudia andaban falta de esposo.

Entonces Leuk-la-Liebre fue a charlar con la anciana:

-Mame (abuela) puedo encontrarles un marido a cada una de tus hijas, y el mismo día si quieres.

-Leuk, te lo agradeceré mientras viva, dijo la vieja Khoudia.

-Pero, debo avisarte, abuela: tus dos yernos, si tus hijas les aceptan, son como la noche y el día. Uno es el valor en persona, la sinceridad; el otro, es el engaño, la cobardía y otras cosas más que conoces mejor que yo, ya que eres más mayor. Se trata de Gayndé y Bouki.

-A mis hijas no les toca tomar decisiones, a mí sí me toca darles un marido. En cuanto al carácter y futuro comportamiento de aquellos, a ellas les toca corregirlos o aguantarlos. Suficientes consejos recibieron en mi casa para saber que es la mujer la que hace su hogar, al marido y también a sus hijos.

Leuk-la-Liebre fue a buscar a Gayndé-el-León, aburrido en su soledad.

-Tío Gayndé, ¿te encontré una esposa!

-Di la verdad, Leuk! ¿una esposa?

-Sí, Tío, una esposa, una hija de la vieja Khoubia.

-¡Vaye! ¡Vaye! ¡Ojalá vivas aún mucho tiempo! Que tu aliento tarde en apagarse, hijo mío.

-Amine, dijo humilde y modestamente Leuk-grandes-orejas. Pero Tío, sin duda el asunto no será fácil, pues no eres el único interesado. Y bien sabes, en tu gran sabiduría, que, aunque no pelees, los peleones pueden caerte encima. Tu futura esposa tiene una hermana y tienen que casarse las dos a la par, el mismo viernes, por exigencias de su madre.

-¿Y qué? inquirió Gayndé-el-León.

-Es que, de momento, en toda la comarca sólo queda libre Bouki-la-Hiena para cuñado tuyo.

-¿Bouki? se sorprendió Gayndé-el-León.

-Si, Bouki Djour, la hiena.

-En fin, así sea, consintió Gayndé quien quería a toda costa volver a ver su casa bien cuidada y sus comidas preparadas con regularidad y bien aderezadas. Así sea, pero avisarás a Bouki que, si por desgracia, como de costumbre deja caer la más mínima mancha de deshonor sobre nuestra familia y me salpique, estará acabado.

Y Leuk fue a hablar con Bouki-la-Hiena a quien encontró peleando con su prole que acababa de encontrarle la pista.

-¡Marchaos! gangueaba Bouki. ¡Marchaos!

-¿Y adónde quieres que vayamos? gemían los hijos. Madre murió y hemos recorrido toda la sabana. Ya no tenemos a nadie.

-Claro que sí. Tenéis las patas, y para algo sirven. Marchaos.

Y los pequeños Boukis se marcharon.

No muy lejos.

-¿Qué pasa, Leuk, hijo mío? ¿Qué quieres? ¿Qué traen tus grandes orejas que oyen los ruidos más tenues de la tierra? preguntó Bouki-la-Hiena volviéndose hacia Leuk-la-Liebre.

-Tío bouki, encontré una esposa para ti.

-No te burles de mí, ¿quieres?

-¡Bilahi, Tío! Te encontré una esposa, una madre para esos pobres huérfanos.

-No te preocupes por esos huérfanos. No es una madre de familia lo que ando buscando, sino una mujer, una mujer, para mí solo. Que se las arreglen solos esos huérfanos con sus dientes largos y sus barrigas gordas, tal como hice yo cuando tenía su misma edad. ¿Una esposa, dijiste?

-Sí, Tío. Pero tu esposa, si es que la aceptas, será cuñada de Tío Gayndé-el-León.

-¿Cuñada de Tío Gayndé? dijo temblando Bouki-la-Hiena. Explícate, Leuk querido.

Y Leuk-la-Liebre explicó a Bouki-la-Hiena que la vieja Khoudia no entregaría una hija sin la otra y que Gayndé-el-León ya había sido aceptado.

-Como sé que andas buscando esposa desde hace varias lunas, me acordé de ti. Pero Gayndé te avisa que su cuñado no debe manchar la reputación de su familia.

-¿Su familia? ¿ Su familia? se indignó Bouki. Pero si yo espero que cada uno se quede en su casa. Nadie cargará con los asuntos de los demás. Mucho tiempo puede pasar antes de que yo vaya a buscar rescoldo a su casa, o que mi mujer vaya a pedirle un poquito de sal. Entonces sí que podrá hablar, fanfarroneaba Bouki-la-Hiena.

* * *

Y Leuk y Gayndé y Bouki se fueron a casa de la vieja Khoudia.

-Mame (abuela), aquí están tus futuros yernos, dijo Leuk-la-Liebre presentándoles.

Las hijas de la vieja Khoudia estaban cada una en una choza. Gayndé-el-León fue hacia la de la derecha y Bouki-la-Hiena entró en la de la izquierda. Y se hizo el doble matrimonio.

Y cada uno se marchó con su esposa; no sin que, antes Bouki hubiese echado un vistazo al corral donde se revolvía y balaba el gran rebaño de corderos de la suegra, al que se mezclaban las reses entregadas como dote por los dos yernos.

Y pasó algún tiempo...

Muy atareado en deshacerse de su prole que no paraba de molestarle, a veces hasta dentro de su casa, Bouki no había dado mucho la nota por miedo a la susceptibilidad -y sus consecuencias- de su cuñado. Su joven esposa había sido educada lo suficiente como para no tener que pregonar sus problemas conyugales afuera, caso de tenerlos, lo cual, por otra parte, era muy probable.

Los tiempos se volvieron difíciles.

Había llegado la sequía. Los pastos se habían quemado. Las aguas de los charcos, ciénagas, arroyos, ríos y pozos se habían secado.

Poulo-el-Pastor había llevado su rebaño hacia tierras más hospitalarias y los animales de la sabana también se habían marchado, nadie sabía adónde, y Bouki menos que nadie. El pellejo de la barriga empezaba a pegársele contra el lomo caído.

Bouki se acordaba mucho de los bienes de su suegra, la vieja Khoudia, de todo aquel rebaño de corderos en el corral, que armaba tanto ruido el día de su boda. Pero hasta donde recuerde un marido, jamás se vio ni se oyó a un yerno ir a pedir a casa de su suegra; sobre todo, cuando, como Bouki-la-Hiena, jamás había llevado un solo regalo, ni uno solo a la madre de su esposa. Sin embargo, allí estaba el hambre con dientes más grandes y más afilados que las de la bisabuela de todas las hienas que el mundo haya producido, y más sorda que todos los tam-tams de guerra de Bour-el-Rey.

Bouki, sin atreverse a despojarse de todos sus escrúpulos, se deshizo sin embargo de algunos, y los fue colgando en los setos que lindaban con la senda que llevaba al pueblo de la vieja Khoudia; tampoco se olvidó de las costumbres realmente demasiado rígidas. Bouki, con la lengua fuera y seca, las piernas temblorosas y los ojos hundidos, fue a visitar a la madre de su esposa.

Con voz afligida, Bouki dio los *salamou Aley-Koum* habituales, hizo cumplidos, se interesó por las novedades de la comarca y por la salud de cada uno, gente y animales, sobre todo de los pobres animales que posiblemente habían padecido aquella maldita sequía más que nadie.

Bouki habló de esto, de aquello, de lo que estaba maduro y de lo que no lo estaba, de todo y de nada, con voz cada vez más moribunda; ya no tenía saliva.

De vez en cuando aguzaba el oído hacia el corral en el que el rebaño, a buen seguro siempre tan hermoso como en el día de su boda, daba vueltas, balaba, reñía, lo mismo los pequeños que los mayores.

La vieja Khoudia había vivido numerosos años de abundancia y numerosas lunas de escasez.

Había visto a suficientes personas con el hambre saciada y a suficientes pobres desdichados muriéndose de hambre como para no adivinar que su yerno estaba al borde de un desmayo por inanición.

-Goro (querido yerno), dijo la vieja suegra, al marcharte, pasarás por el corral y cogerás un cordero para tu casa.

Bouki noapuró más la conversación, y sin que le tuviesen que repetir la oferta, se despidió inmediatamente de su suegra, pasó por el corral y arrastró detrás de él, camino de su casa, un carnero joven, hermoso y recalcitrante, atado de una cuerda.

Bouki andaba cerca de su casa cuando sus hijos asomaron por un lado de la senda y después de rodearles, a él y a su pertenencia, se apoderaron del joven carnero que daba coces, saltaba, balaba. Bouki tuvo que compartir el regalo de su suegra con su engorrosa prole y volvió a su casa con la barriga llena, pero las manos vacías.

* * *

Como buen labrador camino del campo para las labranzas y la cosecha, Bouki se acostumbró al camino de la casa de su vieja suegra.

Y siempre deferente, cortés, civil como un yerno digno, contaba las novedades de la comarca, hablaba de los tiempos difíciles cuyo fin nunca verían, compadeciéndose de las desgracias de los verdaderos necesitados y... al marcharse pasaba siempre por el corral y se llevaba un cordero, que sus hijos, siempre al acecho a un lado de la senda que llevaba a su casa, le obligaban a compartir con ellos antes de alcanzar su casa en la que su esposa jamás veía el más mínimo trozo de carne de las reses de su madre.

Y eso duraba.

Y el rebaño de la vieja Khoudia enflaquecía, su corral se vaciaba.

Y Bouki y sus hijos casi olvidaban que el hambre era dueña del país.

Una tarde, Leuk-la-Liebre que curioseaba por todo el país, se detuvo en casa de la vieja Khoudia, a la hora del regreso de las reses. Leuk sólo vio entrar en el corral algunas ovejas viejas cuyas ubres estaban flácidas como las alforjas de un griot sin suerte.

-Abuela, se extrañó Leuk, ¿dónde está tu hermoso rebaño que armaba tanto jaleo el feliz día de la doble boda?

Y la anciana le contó a Leuk las visitas de cortesía del pobre Bouki, del pobre yerno que a ojos vistas se estaba muriendo de hambre, pero que, por nada en el mundo, hubiese pedido a su suegra el más mínimo trozo de carne ni la res más endeble para él o para su mujer.

Leuk-la-Liebre asintió y luego se marchó. Dio media vuelta y se pasó por casa de Bouki-la-Hiena. Allí sólo encontró a la esposa de Bouki a quién sólo le quedaban pellejo y huesos. Comprendió que los animales del rebaño de la vieja Khoudia a buen seguro no había llegado no ya a menudo, sino jamás, a casa de su hija.

Leuk no podía conformarse con compadecerla.

Fue directamente a casa de Gayndé-el-León:

-Tío Gayndé, he visto algo que no me gusta nada, que me disgusta muchísimo, algo inimaginable, incluso viniendo de Bouki!

-¿Bouki? ¿Qué puede haber hecho? No hemos oído ningún comentario ni sobre él ni sobre su mujer hasta ahora.

-Tío, es porque se trata de un secreto entre suegra y yerno, y que tu suegra es una mujer muy digna, una verdadera suegra.

Y Leuk-la-Liebre no se hizo de rogar para contar cuanto había visto, o mejor dicho, cuanto no había visto, cuanto había oído en casa de la vieja Khoudia, contar lo que había encontrado en casa de su hija, la esposa de Bouki.

Gayndé-el-León, que era la lealtad en persona, no podía creerse lo que contaba Leuk-la-Liebre. Le dijo a su esposa:

- Hace mucho que no has visto a tu madre. Ve a visitarla. Quédate allí cuanto quieras; a la vuelta me dirás cuanto hayas visto y oído.

Y la esposa de Gayndé se fue a visitar a su madre.

Poco tiempo estuvo en la casa materna, volvió a los tres días.

-Tío, le dijo a su esposo llorando, Tío, cuanto nos había dicho Leuk-la-Liebre es cierto, incluso por debajo de la verdad. Sólo queda una vieja oveja en el corral de mi madre. Bouki-la-Hiena se ha llevado

todo el rebaño, res tras res, incluso los corderos que tú habías regalado, incluso las tres cabras que él había entregado como dote por mi hermana.

* * *

Fue sólo al llegar al umbral de la casa de su suegra cuando Gayndé pudo acallar su furia y conseguir esconderla en lo más hondo de su corazón, lo que no afectó ni a sus salamou Aley-Koum ni a sus congratulaciones ni a sus cortesías de yerno educado.

Sin embargo, después de largo rato, consiguió que, al cabo de mucho tiempo, la vieja Khoudia, reticente, confesara que efectivamente era su otro yerno quien había saqueado el corral.

Sólo quedaba la vieja oveja, madre del difunto rebaño.

Precisamente era el día de la visita de Bouki-la-Hiena, según informó, por fin, la anciana.

Gayndé mandó encerrar la vieja oveja y fue a amarrarse a una estaca en el fondo del corral.

Anocheecía.

Bouki-la-Hiena llegó a casa de su suegra. Sus piernas seguían temblorosas, su barriga más vacía, su lengua más seca -y colgando aún más- y sus ojos más hundidos que durante sus innumerables visitas. Su voz seguía igual de moribunda y sus saludos aún más sordos que otras veces. Siempre igual de deferente, cortés, civil como un yerno digno, Bouki contó las novedades de la comarca, habló de los tiempos difíciles cuyo fin seguían sin verse, compadeció las desgracias de los verdaderos pobres, se despidió y al salir, se pasó por el corral invadido por la oscuridad. Desató la cuerda y tiró de la res que estaba sola en el corral y que le siguió dócilmente sin chillar, sin saltar, sin dar coces.

—Mejor, constató con voz gangosa Bouki, que recordó que del rebaño sólo quedaba una oveja vieja, muy vieja, y sin volverse le acarició la testuz. ¡Ni siquiera tenía cuernos! Mejor, más fácil resultará

degollarte ya que pareces estar resignada, la edad te dio cordura, abuelita. Así mis hijos no te oirán, ya que tú no alborotas como los demás.

Y Bouki se fue por el sendero que llevaba a su casa, arrastrando su pertenencia con una cuerda. Se detuvo después de mucho caminar, y sin volverse, acarició de nuevo la testuz del animal:

-Sí, ¡ni rastro de cuernos! dijo alegremente, así no corro el peligro de que me lastimes al forcejear cuando esté solo para degollarte.

Y siguió su camino.

Pero los hijos de Bouki no hubiesen sido hijos de Bouki si no hubiesen calculado que ese día su padre iba a volver con su cordero igual que de costumbre. Nunca habían intentado saber de donde volvía, ya que su padre les llevaba el cordero puntualmente e incluso gratuitamente.

Bouki no andaba lejos de su casa cuando sus hijos surgieron por la senda y lo acorralaron. Iban a apoderarse de su bien cuando un rugido, que hoy en día todavía se oye, les dejó en el sitio e inmovilizó a Bouki quien se había vuelto a tiempo para ver, en lo más hondo de la mirada de Gayndé-el-León, las ascuas de sus dos ojos.

-¡Estamos perdidos! dijeron los hijos de Bouki.

-¡Es Tí... Tío Ga... Gayndé! tartamudeó Bouki.

No se sabe si Gayndé dudó entre atrapar al padre o al primero de los hijos, pero cierto es que cuando se decidió a dar un salto, Bouki y su prole ya estaban todos colgados de las ramas de una ceiba cuyas púas se clavaban en sus dedos.

Gayndé se dejó caer al pie de la ceiba, rugiendo, golpeando la tierra y sus flancos con rabo rabioso.

Y transcurría la noche...

Y la luna, la vieja curiosa, que insinuaba sus miradas a través de las hojas de la ceiba, se preguntaba cuales eran esos gigantes bermejizos que se agitaban colgados de las ramas del árbol en vez de revolotear durante la noche como todos los bermejizos y sus hermanos, los murciélagos de todos los países.

Y transcurría el tiempo...

Y uno de los hijos de Bouki gemía:

-¡Baye Tokhi! (Padre Cansado)

Y el padre le contestaba:

-¡Tokhi! ¡Tokhi!

¡Nokhou tji souf

Nidjaye Gayndé yapp

(¡Cansado! ¡Cansado!

¡Caído en el suelo

Tío Gayndé devorar!)

Bouki ya no soltaba grandes discursos, preocupado sin duda por ahorrarse la saliva: les hacía la misma advertencia a sus hijos cuando se quejaban de su cansancio:

-¡Baye Tokhi!

-¡Tokhi! ¡Tokhi!

Nokhou tji souf

Tío Gayndé devorar!)

Entonces se oyó, un largo, un enorme grito, el ruido pesado de un odre lleno que cae, un rugido, el chasquido de un zarpazo de Gayndé-el-León en la barriga de un pequeño Bouki.

Y luego el alegre balido de borregos, añales, ovejas, y la voz más grave de un chivo.

Pasaba el tiempo...

Había finalizado la noche...

Había amanecido...

El rabo de Gayndé-el-León seguía dando golpes de rabia.

De la barriga abierta de los tres pequeños Bouki habían salido borregos, los cuales, como sus hermanos y sus padres, brincaban no muy lejos de la ceiba: era un tercio del rebaño de la vieja Khoudia.

Las púas de las ramas del árbol seguían clavándose en los dedos de Bouki y de lo que le quedaba de su prole. Y uno de los hijos lloraba:

-¡Bayé! ¡Cansado!

Y el padre gruñía con voz gangosa:

-¡Thoki! ¡Thoki!

¡(Si) Caído en el suelo

Tío Gayndé devorar!

Los hijos cayeron uno detrás de otro después de haberle suplicado en vano a su padre, el cual no podía hacer nada.

Gayndé-el-León, rabiando y rugiendo todavía, les abrió la barriga y liberó las reses del rebaño de sus suegra.

Temprano por la mañana, el sol había abierto sus ojos de par en par, y el ramaje de la ceiba ya no podía ocultarle por más tiempo a Bouki meneándose debajo de la rama más alta, y gimiendo a su vez:

-¡Tío! ¡Thoki!

Gayndé-el-León no pudo evitar regocijarse hasta ahogarse.

-¡Cansado! ¡Cansado!

¡Caído en el suelo

Tío Gayndé devorar!

dijo con risa socarrona, imitando a Bouki.

-Pero Tío Gayndé, dijo éste, no puedes hacerle eso al marido de tu cuñada.

Gayndé-el-León se reía tanto, de tan buena gana, se le caían tantas lágrimas que no vio a su cuñado caerse a sus pies: y el ruido de odre lleno que hizo al caer le cogió de sorpresa.

Su gorda y pesada pata no alcanzó más que el trasero de Bouki, que se había incorporado y salía corriendo, con el trasero aún más bajo, vomitando en su huida el resto del rebaño de su suegra.